

Toxina

COPIA DE CORTESÍA

Albert Sabater Pla

Alex López.
De los que visten un alma distinta, un traje diferente.

Todos los derechos reservados. Queda prohibido la reproducción total o parcial y por cualquier medio sin autorización expresa y por escrito del autor o editor.

Todos los personajes, lugares y situaciones políticas son hipotéticas y producto de la imaginación del autor. No tienen por que guardar relación alguna con la realidad, personajes o personas reales.

Situaciones personales, cargos públicos o privados no tienen por que corresponderse con la realidad, ni siquiera existir.

Las descripciones científicas y políticas no tienen por que coincidir con la realidad en esta obra de ficción.

Notas del autor.

CESICAT: Centro de seguridad de la información de Catalunya.

SIC: Servicio de inteligencia de Catalunya. Subdivisión de CESICAT

IAF: Instituto anatómico forense.

CAPITULO SEGUNDO

La bala perdida.

III

Aquella mañana volvía a amenazar la lluvia.

Aunque aún no había empezado a llover, Estrada cogió su gabardina y su sombrero borsalino de color gris claro y salió de su casa para ir a la comisaría.

-¿Te han echado de la cama, Estrada? – Bromeó uno de sus compañeros al verle entrar.

-Que te jodan. –Respondió en voz baja tras dedicarle una mueca de desaprobación.

Entró en su despacho, dejó la gabardina, la americana y el sombrero en la percha de madera que había tras la puerta y se sentó en la silla que había detrás de su mesa.

Después de comprobar los correos en su portátil y ordenar unas cuantas ideas acerca del caso, decidió ir en busca de la bala perdida.

Descolgó el auricular del teléfono de su escritorio y marcó el número del laboratorio del instituto anatómico forense.

- Instituto anatómico forense. –Dijo la operadora de la centralita.

- Buenos días, con Alicia Canales.

- Un momento señor.

Desvió la llamada.

- Laboratorio forense, Canales. –Dijeron desde el otro extremo del hilo.

- ¿Te apetece más trabajo de campo?

- ¿Estrada?

- El mismo. – Dijo dándole una chupada a su puro.

- ¡Claro! Esto hoy está muy aburrido. – Se lamentó.

- En media hora en el Raval.

- ¿En que calle?

- En las Ramblas esquina calle del Carme. Luego iremos a Xuclà, a la escena del crimen.

- Está bien teniente, allí estaré.

- Fermín, Alicia... – Le pidió.

- ¿Qué quiere decir, teniente? – Dijo sorprendida.

- Que me llames Fermín, si vamos a ser compañeros, creo que es lo correcto.

- Está bien Fermín, nos vemos ahora.

Estrada colgó el teléfono. Volvió a coger su gabardina y el sombrero y salió a la calle justo cuando empezaba a tronar y caer alguna gota de lluvia dispersa.

Al llegar a las ramblas, Alicia estaba esperándole de pie bajo un paraguas de tela dorada de una conocida marca de perfumes.

- Buenos días, Fermín. – Saludó tímidamente sin atreverse a mirarle directamente a los ojos.

- Buenos días, Alicia. Vamos a ver si encontramos esa bala perdida de los coj... Esa bala perdida... – Rectificó.
- Vamos...

Aquel barrio, conocido antiguamente como barrio chino, fue inspiración para Pablo Picasso durante su periodo azul y era una auténtica confluencia de culturas de todo el mundo que habitualmente vivían en armonía.

Aunque la miseria, pobreza e índices de criminalidad ya no eran los de antes, aún continuaba siendo un barrio conflictivo, en el que se producían reyertas, robos y otros delitos de pequeña importancia. Pero en aquella ocasión era un asesinato el que les llevaba hasta allí, concretamente a la intersección de las calles del Carme con Xuclà.

Aunque la calle Xuclà se iba ensanchando a medida que avanzaba, en aquel lugar era tan estrecha que ni siquiera podían circular vehículos. Quizás tuviera dos metros y medio de ancho, puede que menos.

En la esquina con la calle del Carme había tres o cuatro contenedores de basuras que a aquella hora ya estaban casi llenos de bolsas, cajas de cartón y otros deshechos provenientes de particulares, comerciantes y sobretodo de los restaurantes, que eran bastante numerosos en aquella calle al tratarse de una zona turística.

Aunque habían pasado más de veinticuatro horas y los peritos forenses ya habían procesado el escenario del crimen, Estrada había mantenido allí una pareja de policías.

- Buenos días, teniente. – Dijo uno de los agentes al verle.

- Buenos días muchacho. – Saludó dándole una palmada en el brazo. – ¿Alguna novedad?

- Ninguna, teniente. La noche ha sido tranquila, algún borracho, nada más.

- Está bien. Avisa que no venga vuestro relevo. Cuando terminemos yo y la perito quitáis las cintas y os vais a casa. Mañana tomaros el día libre.

- ¡Gracias teniente! – Dijeron los dos casi a un tiempo.

- Pasa Alicia.

Estrada levantó la cinta amarilla que delimitaba la zona del crimen.

- Gracias, Fermín. A ver si damos con ella.

- La chica estaba tendida ahí. – Dijo señalando un pequeño ensanchamiento que había en la esquina. – El cuerpo estaba encarado hacia la calle del Carme, por tanto probablemente era hacia donde se dirigía.

- En ese caso, la bala debería estar desde este punto hacia allí. – Dijo poniéndose donde horas antes estuvo el cadáver de la chica.

- Eso sería lo normal, pero puede estar en cualquier parte.

- La chica media 1,75. Más o menos como yo. El agujero de salida lo tenía por encima del pecho y coincidía bastante con el de entrada de la espalda por lo tanto, no debería estar por encima de los dos metros dada la distancia hasta la pared de enfrente. – Dijo mirando el informe de la autopsia que llevaba en una carpeta.

- Sabía que elegía bien. – Dijo satisfecho.

Alicia intentó disimular su vergüenza.

- Busquemos allí. – Carraspeó nerviosa. – Creo que puede estar en aquella pared.

Se dirigieron a la esquina de la calle y allí, a una altura de unos dos metros más o menos, encontraron un agujero con una bala incrustada.

- Yo no llego, Fermín. – Admitió la chica.

- Espera, súbete en esa caja de plástico. – Dijo señalando hacia el contenedor de basuras.

– Ahora te la traigo.

Cogió la caja de plástico que había frente el contenedor y la dejó frente la pared para que Alicia pudiera subirse en ella para coger la bala.

La muchacha hizo un par de fotos del lugar de impacto y del entorno y luego subió a la caja, extrajo el proyectil con la ayuda de unas pinzas que sacó del bolso y la metió en una bolsa de pruebas.

- Está bien, muchachos, recoger esto y marcharos. – Les dijo a los dos agentes que habían estado de guardia.

- A la orden teniente.

- Por la altura a la que se encuentra tuvo que disparar desde más distancia, seguramente caminó unos metros antes de caer en ese punto. – Señaló donde encontraron el cuerpo sin vida.

- ¿Y la trayectoria de la bala?

- Bien... tiene que tratarse de alguien no muy alto, 1,60 como máximo. O haber disparado acuclillado, por ejemplo, como intentando esquivar un posible disparo de la agente.

-No encontramos ninguna arma.

-Entonces es posible que él pensara que la llevaba o que después de caer se la hubiera quitado.

Uno de ellos empezó a arrancar una de las cintas del cordón de seguridad.

-Está bien, pondré todo eso en mi informe, marchémonos ya.

Estrada había aparcado el coche en la calle del Carmen, junto a unos contenedores de basuras. Cuando Alicia pasó junto a ellos para subir al coche, le pareció ver algo debajo de uno de ellos.

- Espera, Fermín. – Dijo tomándole del brazo. – Aquí hay algo.

Alicia se agachó frente al segundo contenedor, sacó un guante de látex de su bolsillo y con él cogió un arma por la culata.

- ¡Menuda vista tienes! Yo no la hubiera visto, y menos debajo de un contenedor. –

Exclamó sorprendido.

- ¡La edad, teniente! – Bromeó dándole un codazo.

- ¡Venga ya! – Se quejó poniendo una mueca. – Si aún no he cumplido los cuarenta y cinco.

- Ja, ja, ja... – Rió divertida.

- Ya llegarás. – Le dijo ayudándola a levantarse. – Con veinticinco o treinta que debes tener... aún te falta mucho...

- Me halagas, Estrada... pero tengo unos cuantos más. – Dijo volviendo a sonrojarse.

- No muchos más, estoy seguro...

- Eso no se le pregunta a una mujer, Fermín. – Introdujo la pistola en una bolsa de pruebas que sacó de su pequeño bolso. Estrada rió divertido.

- Muchachos, ayudadnos un momento a retirar estos contenedores. –Pidió a los dos agentes que aún no se habían marchado.

Los dos agentes y Estrada empujaron los contenedores hasta el centro de la calzada y buscaron en el espacio que ocupaban por si había alguna prueba más que se les hubiera pasado por alto, pero allí no había nada.

Estrada acompañó a Alicia al laboratorio y luego regresó a la comisaría donde esperó a que le llamara con los resultados de balística y huellas.

Aprovechó esas horas para ir confeccionando el informe preliminar y poner al corriente de los progresos de la investigación al capitán Montes.

Después de hablar con Montes por teléfono, el aparato volvió a sonar.

- ¿Estrada? – Preguntaron sin que tuviera tiempo a identificarse.

- Sí, dígame.

- ¿Es que no me reconoces?

- ¿Alicia?
 - Si, teniente, soy Alicia. – Dijo desilusionada. No esperaba que no la reconociera, pero pensó que quizás su voz parecía muy distinta a través de un teléfono.
 - ¿Tienes los informes?
 - Si, hay coincidencia con las balas. Las dos son iguales y disparadas desde la misma arma, la que encontramos en el contenedor de basuras.
 - Por fin algo bueno...
 - Lo bueno sería que me invitaras a comer. – Dijo tímidamente. No podía creer que por fin se lo hubiera dicho. Había repetido esa frase por lo menos cincuenta veces mientras hacía las pruebas en el laboratorio pensando en cual sería su reacción al oírla.
 - ¿Eso que tu llamas comida? – Dijo divertido.
 - O lo que tu llamas comida... – Bromeó.
 - ¿En media hora donde la otra vez?
 - Perfecto, ya he terminado mi turno.
 - Si te apetece más trabajo de campo, luego volveré a la escena del crimen. Alguien tuvo que ver o oír algo, alguien tuvo que ver al asesino... tengo que interrogar a los vecinos y comerciantes.
 - Está bien... no tengo nada que hacer esta tarde.
 - Pues ya tienes trabajo, morena. – Dijo socarrón.
 - Tendré que reclamar horas extras. – Bromeó.
 - Ya arreglaremos eso... te veo en media hora. Hasta luego.
 -Hasta ahora, Fermín.

Media hora más tarde, se encontraron en el mismo bar del día anterior, aquel que estaba a medio camino entre el instituto anatómico forense y la comisaria. Cuando Alicia llegó, Estrada ya estaba esperándola hacía un rato.

- Me he permitido pedirte eso que tu llamas comida. – Dijo indicándole que se sentara.
 - Eres un amor... por mucho que te esfuerces en parecer rudo.

Se sentó frente a él.

- Está bien. – Sonrió Estrada. – Pero no se lo cuentes a nadie. – Bromeó.
 - ¡Huy! No... eso dañaría tu reputación de tipo duro. – Sin darse cuenta puso su mano sobre la de él.

Por un momento se hizo el silencio, mientras ambos miraban sus manos, una encima de la otra. La química y la tensión se evidenciaron. Por un momento, ninguno de los dos se atrevió a moverse, hasta que de pronto, Alicia retiró la mano rápidamente, casi avergonzada.

- Lo siento. – Dijo a media voz.
 - ¿Por qué? No has hecho nada malo. Yo no lo siento. – Afirmó con una sonrisa en los labios.

- No estoy segura... ¿Qué pensará la gente? Tu... y yo... – Dijo entrecortadamente.
 - ¡Joder! - Exclamó por lo bajo. – Y a mi que me importa lo que opinen los demás.
 - A mi si me importa. – Dijo. Estrada puso una mueca de desaprobación. – ¿Qué pensará tu hija?

- ¡Joder! –Volvió a exclamar en voz baja. - ¿Acaso me inmiscuyo en sus relaciones?
 - ¿Y tu cuñado? ¡Él es mi jefe! – Exclamó.
 - ¡Joder! Alicia, que solo nos hemos tocado las manos... No te pongas paranoica...
 - Lo sé. – Dijo pensativa observando su plato. – Pero creo que quiero algo más.

Tímidamente levantó los ojos y buscó la mirada del teniente.

Estrada, que aún no había movido su mano, buscó la de ella y la cogió. Alicia quiso zafarse, pero él la apretó para que no lo lograra.

- Yo también quiero algo más. El tiempo lo dirá, no nos adelantemos. Tiempo al tiempo. –
Dijo de forma solemne.

- Está bien. –Admitió sin levantar la mirada.

- Comamos, que tenemos trabajo. Por cierto, has sido asignada oficialmente forense del caso. – Dijo con una amplia sonrisa.

-¿Y García?

-Es quien te ha recomendado.

Alicia levantó la mirada y ambos se unieron en una sonrisa de complicidad.

Al terminar de comer, volvieron a la escena del crimen.

Aunque la investigación se encontraba todavía en un punto inicial, encontrar un testigo que pudiera facilitar una pista fiable, era de vital importancia. Alguien tenía que haber visto algo, alguien tenía que haber visto el asesinato o al asesino huir del lugar del crimen.

Durante la hora aproximada en la que se había fijado el crimen, las seis o siete de la tarde, aquella zona solía ser un bullicio de gente, aunque bien era cierto que la calle Xuclà, por lo menos en aquel tramo pues más a delante se ensancha hasta formar una especie de plaza, era más bien solitaria a causa de su angosto recorrido. Era probable que alguien cometiera el asesinato sin ser visto y pudiera huir de la zona sin levantar sospechas de su crimen a los transeúntes.

Anduvieron por aquella zona un par de veces para familiarizarse con ella e intentar encontrar algún testigo, pero todo eran puertas cerradas. Había dos almacenes y la trastienda de un restaurante.

Cruzaron la calzada y subieron a la primera planta del edificio que había justo frente a la intersección de las calles por si alguno de los inquilinos había observado algo, pero después de llamar a varias puertas comprobaron que nadie había visto nada.

Cuando iban a abandonar el domicilio de una amable anciana que les había ofrecido unas madalenas para merendar, Alicia vio desde el balcón como un hombre salía de una de aquellas puertas que encontraron cerradas al llegar, y apoyado en ella encendía un cigarrillo.

- Bajemos, Estrada, allí hay un hombre que ha salido a fumar. Quizás pudo ver algo.

- Ya lo veo, a ver si ésta vez tenemos suerte.

Se despidieron de la mujer y volvieron a la calle en busca de aquel individuo.

Era un hombre de rasgos latinos, no muy alto, entre 1,65 y 1,70 aproximadamente y unos cincuenta años. Su aspecto era bastante desaliñado, iba mal afeitado y su pelo estaba despeinado. Vestía camisa y pantalones blancos y un delantal del mismo color con un logotipo verde en el centro, a la altura del pecho.

- Buenas tardes, teniente Estrada. – Dijo enseñando su identificación.

- ¿Qué quiere? – Contestó de mala gana.

- Supongo que sabe que aquí se produjo un asesinato hace un par de días.

- Si, algo me han contado. – Volvió a contestar con desprecio.

- ¿Dónde estaba usted sobre las seis de la tarde del martes?

- Y yo que sé...

- ¿Tiene problemas de memoria? – Preguntó con sarcasmo.

- No, teniente... – Dijo después de dar una calada al cigarrillo.

- Entonces responda a mi pregunta. – Exigió tensando los músculos faciales. – ¿Dónde estaba usted sobre las seis de la tarde del martes?

- Aquí, trabajando.

- ¿Cómo se llama?

- ¿Por qué quiere saberlo?

- ¿Prefiere contestar mis preguntas en comisaria? – Preguntó empezando a perder la paciencia.

- Está bien. – Dijo dándose por vencido. – Me llamo William Zabaleta, soy colombiano. Tengo los papeles, ¡eh! Trabajo de cocinero en este restaurante. Esta es la puerta de servicio de la cocina, suelo salir aquí a fumar de vez en cuando.

- Y en una de esas salidas a fumar, ¿coincidió con el asesinato?

- Y yo que sé... no suelo mirar la hora a la que salgo... – Hizo una pausa para dar una nueva calada a su cigarrillo. – Lo único que vi fue un tipo raro pasar. Luego oí unos petardos... por aquí siempre están los críos tirando petardos y haciendo ruido. Hay un chino en la esquina que los vende todo el año y los niños no dejan de dar por culo todo el día, “concha su madre”...

- Esos petardos pudieron ser los disparos... – Dijo Alicia pensativa.

- Seguro, monada...

Estrada y Alicia cruzaron sus miradas, pero prefirieron no decir nada a ese comentario. Era más importante conseguir información de ese tipo que darle una lección de educación que tampoco le iba a servir de mucho.

- ¿Cómo era el tipo que vio?

- Alto, con el pelo engominado. No era de aquí... de esos que llaman de Europa del este...

- ¿Color de piel?

- Blanco... pero no como usted... más blanco... como los rusos de las películas...

- Claro... como los de las películas... – Rió Estrada.

- ¿Barba? – Preguntó Alicia.

- No, no llevaba barba...

- ¿Se fijó cómo iba vestido?

- No mucho... pero creo que llevaba unos pantalones tipo jeans y una gabardina azul marino. Me acuerdo de eso por que hoy casi nadie usa gabardinas de ese tipo...

- ¿A qué hora acaba hoy su turno? – Intervino Estrada.

- Como cada día, a las once de la noche... – Lamentó.

- Esta tarde vendrán dos agentes para hacer un dibujo del sospechoso.

- ¡Pero yo no se dibujar! – Exclamó Zabaleta abriendo los brazos.

- ¡El dibujo lo hará un dibujante de la policía siguiendo sus indicaciones, lumbreras! –

Repuso Estrada divertido. El hombre no respondió, se limitó a tirar la colilla de su cigarrillo lejos.

Se despidieron de él y tomaron la calle del Carme rumbo a las Ramblas.

- Fíjate, Fermín, allí hay una cámara. – Observó Alicia señalándola con el dedo.

- Si, cierto... son del ayuntamiento para controlar la delincuencia. Tendremos que ir a comprobarlo. – Admitió satisfecho. – Pero antes te invito a un café, la guardia urbana está aquí mismo. – Dijo indicándole el camino Rambla abajo.

IV

Entraron en una cafetería situada a unos cincuenta metros de la escena del crimen y se sentaron en una mesa de hierro forjado y encimera de mármol blanco que había junto a la puerta. Luego pidieron lo que iban a tomar.

Estrada aprovechó para interrogar a la camarera por si había observado algo la tarde que sucedió el asesinato, pero a aquellas horas, la cafetería estaba llena de gente, y apenas tenían tiempo para descansar o prestar atención a lo que ocurría fuera del local. Solía estar tan llena de gente a aquellas horas, aseguró la mujer, que aunque hubiera ocurrido el asesinato dentro del local, seguramente no se hubieran enterado hasta que los propios clientes hubieran empezado a gritar pasado un cierto tiempo.

Después de aquel pequeño descanso, subieron al coche de Estrada para ir a la comisaría de la Guardia Urbana que estaba en las Ramblas a tan solo unas calles de la cafetería.

Al llegar se identificaron al guardia que había en la puerta del parking para vehículos oficiales y aparcó el coche en una plaza libre que había cerca de la entrada.

- Buenas tardes. – Dijo al agente que había en la recepción de la entrada. – Soy el teniente estrada, quiero hablar con el oficial al mando. – Pidió mostrando su placa.

- ¿El teniente Estrada? – Dijo aquel muchacho que no tendría más de veinticinco años. – ¿El que resolvió el caso de las gemelas desaparecidas? Y... ¿el que atrapó al asesino del hilo de pesca?

- ¿Acaso conoces a otro Estrada? – Preguntó con su habitual tono de suave rudeza.

- Sé amable, Fermín. – Pidió Alicia.

- ¡Joder! – Se quejó. – Si, soy yo...

- Disculpe teniente, en la academia no hacen más que hablarnos de usted. – Dijo poniéndose en pie detrás del mostrador. – Para nosotros es un auténtico héroe. – Le tendió su mano.

- A veces se magnifican las cosas... los jóvenes sois muy impresionables. – Dijo estrechar su mano.

- No lo creo teniente... – Afirmó muy seguro de si mismo. – Ahora mismo aviso al oficial al mando.

- Gracias muchacho. – Dijo mordisqueando su inseparable puro.

El joven agente volvió a sentarse y avisó por teléfono al oficial, que apareció al cabo de unos minutos.

- ¡Estrada! ¿Cómo usted por aquí? – Dijo aquel hombre de estatura media, pelo canoso y uniforme perfectamente planchado y almidonado.

- ¡Vaya, Vilá! Quien lo diría... Nunca pensé que pudieras llegar hasta aquí... – Bromeó

- Es que yo no renuncio a los ascensos como otros presuntuosos indomables...

- Sabes que no soy de los que resuelven casos detrás de un escritorio... Nunca he sido un chupatintas, lo mío es la calle.

- No vas a cambiar nunca... – Le recriminó con una sonrisa.

- Eso espero... el día que lo haga, será por que estoy muerto...

- ¿Y desde cuando tienes compañera? Y una tan bonita, por cierto. –Dijo consiguiendo que Alicia se ruborizara.

- Perdona, Vilá. Ella es Alicia Canales, del instituto anatómico forense. Me está ayudando con el caso.

- Señorita Canales. – Estrechó su mano con delicadeza. – Es un placer conocerla.

- Señor Vilá, lo mismo le digo.

- Bueno, yo solo soy un intendente de poca monta... Nada comparable al “fantástico” teniente Estrada. –Bromeó.

- Disculpe, intendente, no lo sabía, desconocía su rango. – Se disculpó la joven.

- No pasa nada, señorita, su sonrisa es la mejor disculpa. – Coqueteó Vilá.

- Esta bien Vilá, déjate de gilipolleces...

- Perdona, Estrada, no sabía que fuera tu chica... – Bromeó.

- Es mi compañera. – Dijo de forma áspera. – ¿Podemos ir a tu despacho? Tenemos prisa.

- Está bien... está bien... Seguidme. – Les pidió.

Caminaron por el pasillo que conducía a los ascensores y subieron a la cuarta planta, donde estaba situado el despacho de Vilá.

- Sentaros. – Pidió indicándoles las dos sillas que había frente su escritorio. Él se sentó en el sillón que había tras la mesa, frente un gran y luminoso ventanal desde el cual podía verse gran parte de las Ramblas.

- Necesitamos las imágenes del martes pasado entre las seis y las nueve de la noche de la cámara que tenéis en las ramblas, a la altura de la calle del Carme.

- Supongo que es por el asesinato de la joven del otro día.

- ¡Exacto! – Contestó señalándole imitando una pistola con los dedos.

- Drogas... aquí todos acaban muertos por drogas, o peleas con putas.

- Tu siempre tan lejos como siempre. – Dijo mordisqueando el puro.

- ¿Entonces? – Preguntó con curiosidad abriendo mucho los ojos.

- Un tiro por la espalda.

- Una puta poco obediente, o que no le daba su parte al protector. Busca a su “chulo” y habrás resuelto el caso.

- No das una, Vilá. – Dijo mientras el intendente descolgaba el teléfono.

- Un momento. – Pidió levantando un dedo. – Juan, necesito las imágenes de la cámara de Ramblas con Carme del Martes pasado de seis de la tarde hasta las nueve de la noche. Tráemelas en un pendrive cuando las tengas y no Borréis la semana entera de esa cámara ni de las de ramblas zona norte y sur.

- Buena idea, Vilá. – Admitió Estrada.

- De vez en cuando uso la cabeza. –Ironizó tras colgar el aparato.

- De vez en cuando... – Intentó chincharle.

- Dentro de un momento, nos traerán las grabaciones en un pendrive, pero podemos verlas por aquí mientras tanto... – Giró la pantalla plana del ordenador que había sobre su escritorio.

- Está bien. ¿Puedes poner las imágenes de las siete de la tarde e ir retrocediendo?

- Si, aquí las tienes. – Dijo tras manipular el ordenador.

Apareció el vídeo en pantalla y los tres observaron con atención para intentar descubrir al posible asesino. Aunque las imágenes solamente encuadraban la calle del Carmen y no podía

verse directamente la escena del crimen, si podía verse la gente que entraba y salía de la calle Xuclá.

- ¿A quién estamos buscando? – Preguntó Vilá sin apartar la mirada del monitor.
- A un hombre alto, con el pelo negro engominado y apariencia de Europa del este.
- ¿Nada más? Eso no reduce mucho la búsqueda... – Lamentó.
- Una gabardina azul marino. – Añadió Alicia.
- Está bien. – Contestó Vilá sin dejar de observar la pantalla.

Al cabo de un rato de visualizar imágenes, a Alicia le pareció ver algo.

- ¡Espere! Pare la grabación.

Vilá detuvo el vídeo y retrocedió lentamente hasta que Alicia le indicó que parara la imagen.

- ¡Ese es nuestro hombre! – Dijo emocionada señalando la pantalla con su dedo.
- Menuda vista... yo ni me había fijado – Admitió Vilá.
- Como ves, sigo rodeándome de los mejores. – Dijo Estrada con orgullo.
- Lo que te sobra es fanfarronería, Estrada. – Guiñó un ojo.
- ¿Pueden hacer una foto de esta imagen para identificarle?
- Claro, ahora mismo.

Manipuló de nuevo el ordenador y al cabo de un par de minutos, salió de la impresora que tenía en una mesita baja al lado de su escritorio, una copia en papel de aquella imagen de vídeo. Llamaron a la puerta y entró un joven de unos treinta años vestido con una bata blanca y con un pendrive en la mano.

- Intendente, lo que me ha pedido. – Dijo alargando la mano para entregarle la memoria.

De reojo observó a Estrada.

- Gracias, Juan.

- Disculpe señor. – Dijo dirigiéndose a Estrada. – ¿Es usted el teniente Estrada?

- Si, hijo. – Contestó observándole sin mucho interés.

- Mi padre le conocía.

- ¿Sí?

- Si señor, sirvió con usted. El sargento de la policía Pla.

- ¿Eres el hijo de Jaime Pla?

- Si señor, el mismo.

- ¿Y como está ese maldito hijo de puta? – Dijo con regocijo.

- Murió el año pasado, teniente. Un infarto fulminante.

- ¡Joder! Maldita vida de mierda... – Lamentó con la mirada perdida en el suelo.

- De pequeños nos contaba día tras día sus historias... sus anécdotas y batallitas... Le admiraba mucho, teniente. – Dijo melancólico.

- Fue uno de mis mejores compañeros. Me salvó la vida un par de veces... – Dijo con orgullo.

- Él estaba muy orgulloso de usted, teniente. Siempre aseguraba que él le había salvado a usted la vida un par de veces, pero que usted se la salvó a él más de cien...

- Siempre tan exagerado ese Jaime... – Dijo ensimismado en sus recuerdos. – Pero.. ¿por qué no me avisaron? ¿por qué no me dijeron nada?

- Mi madre dijo que era mejor que no supiera nada, de momento. Sabíamos del fallecimiento de su esposa y el de su sobrina, y prefirió no decírselo.

- Mándale mis saludos a tu madre, hijo. Es una gran mujer. – Se levantó y le dio unas palmadas en la espalda.

- Lo haré teniente. – Aseguró el muchacho emocionado. – Si no desea nada más, señor intendente.

- Puedes marcharte, Juan.

El muchacho salió y cerró la puerta despacio.

Alicia, no dejó en ningún momento de observar a Estrada, admirada por que allá donde fuera, alguien le debía algo o le admiraba por algo.

- ¡Vaya Fermín!, parece que eres todo un héroe... – Dijo Alicia al fin.

- De héroe nada. Héroes son los muchachos recién salidos de las academias que reciben disparos por no disponer de los chalecos antibalas que debieran tener todos, no solo los veteranos gordos y sebosos que se quedan siempre en retaguardia. Ellos si son unos verdaderos héroes.

- Bueno, Estrada, creo que ya tienes todo lo que necesitabas. – Dijo Vilá con la intención de cambiar de tema.

- Solo una cosa más: que rastreen a este tipo en todas las grabaciones en las que aparezca.

- Está bien, daré la orden.

- Cuando lo tengas, que me lo traiga Juan Pla a la comisaría, tengo algo que darle.

- Gracias por todo, Vilá. – Se puso en pie y se despidió de él.

Salieron del despacho y regresaron al coche.

- ¿Te llevo a casa? Por hoy ya hemos hecho bastante... – Dijo cansado.

- ¡A cuantas les habrás dicho eso! – Bromeó la muchacha.

- A niñas que se habían escapado de casa, más de una. – Rió.

- Yo ya hace tiempo que no soy una niña, Estrada.

- Ya me he dado cuenta, Alicia. – La observó de arriba a bajo en silencio.

- Vamos a mi casa, vivo en el ensanche, enfrente del parque del “escorxador”.

- ¿En la calle Aragón? – Preguntó dándole al contacto del coche.

- No, en la parte de abajo, en Diputación.

- Buena zona.

- Si, pero demasiados mosquitos en verano... ¡y perros sueltos en el parque! – Se quejó.

- Bueno... – Sonrió. – No se puede tener todo en la vida. Vamos.

- Si, vamos.

Salieron de aquel parking justo cuando empezaban a caer algunas gotas de lluvia. Al llegar a su casa, la lluvia ya era intensa.

- Aquí no podrás aparcar. – Dijo resignada. – Es muy difícil en esta zona.

- Allí en la esquina hay sitio. – Dijo satisfecho.

- Es zona de carga y descarga. – Alargó las vocales de cada palabra.

- ¡Joder! Maldito barrio... – Renegó.

- Si esperamos media hora se podrá aparcar.

- Si hombre... voy a estar aquí esperando media hora... – Abrió la guantera y rebuscó hasta encontrar un papel plastificado. – Se acabó el problema. – Colocó un distintivo policial frente el parabrisas delantero.

Aparcó el vehículo en la zona de la esquina reservada a carga y descarga y bajaron los dos.

- Aquí no se puede aparcar. – Dijo uno de los vigilantes de la zona azul al verlo bajar del coche.

- Teniente Estrada. – Dijo. – Estoy en misión oficial. Esta señorita necesita de mi cariño. – le guiñó un ojo y mostró su identificación.

- Disculpe teniente, si ese es el caso... – Dijo sonriendo.

- Vamos, Fermín. – Cogió su mano. – Es esta portería.

Sacó las llaves de su bolso y abrió aquella pesada puerta de hierro forjado.

El suelo era de grandes losetas rectangulares de un mármol gastado por el paso de los años.

Las paredes estaban recién pintadas, lo cual podía apreciarse por el olor a pintura que aún flotaba en el aire.

Tomaron el ascensor y subieron al quinto piso.

- Es aquí. – Dijo Alicia al abrir la puerta del ascensor.

- Comparto el piso con una amiga. No se si estará. – Dijo al abrir la puerta. – ¿Sara? –Gritó al entrar. – ¡Vengo acompañada!

- ¡Estoy en la cocina! – Dijo una voz femenina.

- Entremos. – Lo arrastró de la mano como si fuera una quinceañera hasta que entraron al salón.

- ¡Sara, estás en ropa interior! – Se quejó Alicia al verla.

- ¿Quién es tu amigo? – Preguntó indiferente sin hacer mucho caso a su queja.

- Pero Sara... ¡ponte algo! – Volvió a quejarse.

- Tienes razón, no quiero que se me manche el sostén ni las bragas, son los mejores que tengo. – Se puso un delantal que había colgado de un gancho de una de las paredes de la cocina.

- ¡Eres imposible Sara! – Volvió a quejarse.

- Aún no me has dicho quien es tu guapo amigo. ¿Del trabajo? –Preguntó con gran curiosidad abriendo mucho los ojos para observarle.

- Fermín Estrada. – Se presentó alargando su mano.

- ¿Fermín... Estrada? ¿El teniente Estrada? – Preguntó como el que hacer un hallazgo histórico.

- Ahora solo soy Estrada, o Fermín, como prefieras... – Contestó amablemente.

- ¡Alicia! No me habías dicho que tu teniente Estrada estaba tan bueno. – Exclamó concupiscente. – Ahora entiendo por que no dejas de hablar de él... – Añadió risueña.

- ¡Sara, eres una capulla! – Exclamó avergonzada.

Alicia se sonrojó visiblemente y Sara no pudo dejar de reír al verla.

- ¿Vas a salir? – Preguntó intentando quitarle importancia al asunto.

- La verdad es que no tenía intención, pero si quieres puedo llamar a Jose e ir al cine.

- Por mi no es necesario. – Aseguró Estrada casi de inmediato.

- No, no te vayas, podemos cenar los tres juntos, aunque sea... – Dijo con intención, esperando que Sara captara la indirecta y se marchara. – Siéntate mientras me cambio.

Estrada se sentó en un sillón que había en la sala, justo al lado de la puerta que daba a un pequeño balcón.

- Está bien... pero no puedo quedarme hasta muy tarde, Murdock está solo en casa.

- ¿Murdock? –Preguntó Sara desconcertada.

- Mi perro. Si no sale, el cabrón se mea en la alfombra.

- Pobre... ¿es un perro pequeño? ¿Cómo el de Colombo? – Bromeó.

- No... Colombo creo que tenía un Basset Hound y Murdock es un Golden Retriever.

- Vaya... veo que eres un experto en perros... y en Colombo... – Se sorprendió Sara

- Siempre me ha gustado esa serie... pero yo por lo menos le he puesto nombre al mío...

- ¿Qué quieres decir? – Preguntó sin saber a que se refería.

- ¿Sabes cual era el nombre del perro de Colombo?

- ¿Cómo voy a saberlo? Esa serie ni siquiera es de mi época. Yo era una niña cuando la daban... – Rió mientras se sentaba frente a él, en otro sillón idéntico.

- Su nombre era “perro”.

- ¿Perro?

- Si, “perro...” No tenía nombre. Ese malnacido de Frank Colombo ni siquiera le había puesto nombre a su maldito perro.

- Vaya... creo que eres... – Dijo ensimismada mirándole.

- ¿Qué has hecho de cena? – Preguntó Alicia con cierto atisbo de celos apareando de pronto.

Llevaba un camisón de seda color carmín, con encaje en el bajo y en la parte delantera, a la altura del pecho.

- Estaba haciendo sopa con el caldo de un tetrabrik.
- Por mi está bien, no suelo cenar mucho. – Dijo Estrada ensimismado al verla.
- Quítate la chaqueta, estarás más cómodo, puedes dejarla allí. – Señaló una percha que había en una esquina.

Estrada colgó la chaqueta, quedándose solamente con la camisa y su arma que colgaba de la cartuchera de su cinturón y acompañó a las chicas que ya estaban en la mesa preparando las cosas para cenar.

- Siéntate, Fermín. En esta silla. – Pidió Alicia.

Tomó asiento y esperó mientras conversaba con las chicas que iban y venían con platos, cubiertos, vasos...

Después de cenar, Sara se excusó y se fue a su habitación, dejando a Estrada y Alicia solos en el sofá del salón.

- ¿Qué te parece mi amiga?
- Divertida.
- ¿Solo divertida?
- Solo divertida.
- Mmmmmm

Estrada puso las manos en sus mejillas y suavemente la atrajo para besarla. Ella le devolvió el beso abrazándose al mismo tiempo.

- Tengo que irme.
- ¿Ya? ¿tan pronto? – Lamentó arreglándose uno de sus rizos.
- Murdock... no quiero que se meee en la alfombra.
- Aún no conozco a tu perro y ya no me gusta. – Se quejó.
- Espera a conocerle... Me ayudó mucho, cuando...
- ¿Cuándo qué? – Dijo mientras le peinaba con cariño una de sus cejas.
- Debo irme. – Se puso de pie y se abrochó la americana.
- Está bien. Lo entiendo. – Dijo suspirando.
- Mañana nos vemos. Tengo una sorpresa para ti, espero que te guste.
- ¿Una sorpresa? ¿Es cara? – Bromeó mientras le arreglaba el cuello de la americana.

Estrada sonrió y se dirigió a la puerta de salida.

- Hasta mañana Alicia.
- Hasta mañana cariño... – Dijo tímidamente. – ¿Puedo llamarte así?
- Si, pero no en público, dañaría mi reputación de tipo duro. – Bromeó. La besó en la

mejilla.

Alicia le besó en los labios.

Luego se despidieron y cerró la puerta al verle entrar en el ascensor.

V

La mañana siguiente le despertó el tintineo de su teléfono móvil.

- Espero que sea muy importante o que estés muy buena. – Dijo somnoliento sin mirar quien era su interlocutor.

- Es importante y estoy muy buena. Por lo menos eso dicen los hombres. – Bromeó Alicia.

- Buenos días Alicia. ¿Qué hora es? – Dijo intentando desperezarse.

- Son las ocho de la mañana, dormilón. ¿Cómo estás?

- Dormido. ¿Qué haces levantada a estas horas? ¿Dónde estas?

- Trabajando. No como tu, ¡vago!

- ¡Joder! – Se quejó.

- Han identificado al tío de la grabación.

- ¿Tan rápido? – Se sentó en la cama de un salto.

- El laboratorio nunca duerme, Estrada.

- Voy para allá.

- ¡Venga, espabila gandul!

- ¡Dita sea! – Volvió a quejarse.

Colgó el teléfono.

Se duchó y vistió sin perder tiempo y salió a la calle para ir al instituto anatómico forense. Cuando se dirigía al coche, que estaba aparcado justo delante de su casa, vio al cartero de correos que se acercaba a él con paso decidido.

- ¡Teniente, espere! – Pidió levantando la mano.

- Buenos días Jorge. – Saludó al meter la llave para abrir el portón.

- Buenos días, teniente, traigo un sobre para usted, tiene que firmar.

- ¿Del ministerio del interior? – Dijo al ver el remitente.

- Si, teniente, en la oficina me han dicho que sobretodo se lo entregara hoy, que es muy urgente y de gran importancia.

- A ver que huev... a ver que querrán estos ahora...

El cartero le acercó una tablilla y le indicó donde debía firmar el “recibí”.

- ¡Eso será su ascenso a capitán, seguro! – Dijo alegre.

- Pues volveré a rechazarlo, como las últimas cinco veces. – Tiró el sobre en el asiento del acompañante.

- Gracias Jorge, que pases un buen día.

- Igualmente, teniente.

Cuando entró en el instituto anatómico forense, al primero que se encontró fue al ordenanza Campillo, que iba cargado con un montón de carpetas y papeles que se le iban escurriendo sin que se diera cuenta.

- Buenos días teniente. – Saludó con una sonrisa al verle.
- Buenos días, muchacho. Vas perdiendo los papeles por el camino. – Dijo con sorna.
- ¡Vaya! – Dijo al verlos por el suelo. – ¡Soy un desastre! –Dejó las cajas a un lado y empezó a recogerlos mientras Estrada se alejaba por el pasillo.

Llegó al despacho del doctor García y tocó la puerta.

- Pase. – Dijeron desde el interior.
- Buenos días Cristóbal.
- Buenos días Fermín. Siéntate, por favor. – Dijo mostrándole la silla frente su escritorio.
- Gracias, Cristóbal. – Se sentó apoyando la espalda el respaldo de la silla.
- Me haces una putada llevándote a esa chica.
- Lo supongo, pero la quiero para mi. Para mi laboratorio quiero decir. Tengo órdenes de arriba para crear un laboratorio de homicidios.
- Maldita sea, Estrada, dile al capullo de tu capitán que la necesito.
- No es Montes quien lo ordena. – Se apresuró a decir.
- ¿Y quien es?
- ¡Esto viene de arriba, de muy arriba, joder! – Dijo al tiempo que le entregaba el sobre que le diera el cartero hacía un rato.

El doctor García leyó con calma los documentos y al terminar volvió a meterlos en el sobre y lo deslizó sobre la mesa para que lo cogiera.

- Bueno, creo que no puedo hacer nada ante esto.
- Ni yo tampoco. – Dijo con una sonrisa maliciosa. – Llámala. –Le pidió.
- Esta bien. – Descolgó el teléfono y le pidió que viniera.
- Por otro lado, me alegro que de por fin hayas aceptado.
- No te alegres aún... veremos como acaba todo esto... ya sabes que odio los despachos...

Al cabo de un par de minutos Alicia apareció en el despacho.

- ¿Me llamaba jefe? – Su cara se iluminó cuando vio a Estrada.
- Si, siéntate, por favor. – Dijo indicándole la silla libre frente su mesa.
- ¿Ocurre algo doctor García?

La desolación en el rostro del doctor era evidente.

- Ya no trabajas para mi. – Dijo de pronto.
- ¿Es por algo que he hecho, doctor? – Preguntó preocupada. Miró a Estrada de reojo, que permanecía impassible.
- Más o menos... Pero no es por algo malo... esto va a ser como una especie de ascenso para ti.
- No entiendo nada... – Admitió desconcertada intentando reunir su rizado pelo en una especie de coleta.
- El teniente Estrada te lo explicará mejor que yo, hija, pero no estés nerviosa, no pasa nada. – Intentó tranquilizarla.
- El caso en el que estamos inmersos es más grave de lo que creíamos. Como tu sabes, estuvimos en el ministerio del interior, nos atendió el señor "X" o García...
- Si, claro y nos pidió que le mantuviéramos informado.
- ¡Exacto! Y yo le he ido manteniendo informado durante este tiempo de nuestros progresos, que por desgracia no han sido muchos hasta ahora.
- Bien... ¿Y qué? – Preguntó sin entender nada.

- El señor García, resulta que es el director general del servicio secreto, y depende directamente del presidente del gobierno. Parece ser, como tu ya sabes, que el virus que encontramos...

- Un agente biológico. – Le corrigió.

- Eso mismo. – Dijo poniendo una mueca. – Bien, parece ser, y esta información es del servicio secreto, que este agente fue robado de los laboratorios de una industria farmacéutica que estaba intentando fabricar un antídoto. La farmacéutica, que trabajaba por orden del servicio secreto, informó enseguida de lo sucedido, y enviaron a una agente en busca de la muestra, o mejor dicho muestras, pues fueron tres las robadas. – Hizo una pausa para tragar saliva y continuó. –La agente María Teresa Gutiérrez García era la que escondió la muestra en... sus partes íntimas. Cuando el servicio secreto se enteró que estaba en la nevera de Cristóbal, mandó a la segunda agente, Yolanda Hernández para que recuperara esa muestra, pero nuestro amigo desconocido, acabó con ella y tampoco pudo recuperarla puesto que ya había sido extraída del escondite y puesta a buen recaudo en tu laboratorio.

- Buen resumen. ¿Y eso dónde me coloca a mi?

- El servicio secreto no tiene un laboratorio propio, desde que se creó siempre ha dependido de los cuerpos de seguridad y funcionariado del estado.

- Lo sé, sus trabajos siempre los recibimos con el sello de “prioritario”. – Constató.

- Ya... pero eso ha terminado. La nueva amenaza terrorista que sufre Europa y el mundo entero requiere que el servicio secreto se modernice y esté a la altura de otros países como el CSI o el NCIS. Desde su independencia, Cataluña ha ido adaptándose y creando nuevas infraestructuras, y ahora le toca al CESICAT y los cuerpos policiales y de seguridad que dependen de él. De hecho se va a crear una división que va a depender directamente de presidencia.

- ¿Algo así como el Mi6? – Preguntó García.

- ¡Exacto!

- ¿Y ahora me dirás que vas a ser el nuevo James Bond? – Bromeó Alicia.

- No digas tonterías... – Hizo una pausa antes de continuar. – yo... seré tu jefe.

- ¿Mi jefe?

- Si, me han encargado la dirección del servicio secreto.

- ¿Fermín Estrada detrás de un escritorio? ¡No me lo creo! – Exclamó García.

- Ni yo... – Aseguró Alicia.

- Nadie va a estar detrás de un escritorio. –Dijo molesto. – Yo continuaré en la calle como hasta ahora, pero con un equipo a mi alrededor del cual tu formarás parte. Hace un año y medio empezó a construirse o mejor dicho a readaptarse el antiguo edificio de la telefónica de la Avenida de Roma para albergar el departamento de inteligencia y la dirección general de la policía.

- Fermín, sigo sin entender dónde me coloca eso a mi.

- Está bien. Cuando fuimos a la sede del servicio secreto, impresionaste a alguien.

Alguien que conoce tu trabajo y tu dedicación y que ha decidido nombrarte jefe del nuevo laboratorio del CESICAT.

- Vamos, no me jodas, Fermín. ¿Hoy es el día de los Santos Inocentes? Yo no tengo formación para un puesto de este tipo...

- No estarás sola. Estarás bajo las órdenes del comisario Juan Sánchez que se jubila dentro de dos años. Tienes tiempo más que suficiente para aprender todo lo que tienes que aprender de él.

- ¿Un comisario? Y que sabrá él de laboratorios.

- Es médico. Un importante investigador y biólogo, según creo...

- ¿Juan Sánchez del equipo que desarrolló la vacuna del VIH?

- Creo que si, yo no estoy muy enterado de estas cosas...
- Fue del equipo que colaboró en el desarrollo. – Aseguró el doctor García.
- Dios mío... esto no puede ser verdad. – Dijo pasando las manos por la cabeza.
- Desde esta tarde ya no formarás parte de este laboratorio, va a venir una persona a

quien vas a poner al día de todo lo que estés haciendo, por que va a ocupar tu puesto a partir de ahora.

Debes recoger todo lo relativo al caso y meterlo en una de las dos maletas que te van a entregar a media mañana. Una para la documentación y la otra para las pruebas Biológicas, incluido el virus ese..

- Está bien... está bien... – Dijo arremolinándose nerviosa en su asiento.
- El mismo que te traiga las maletas se las va a llevar a las nuevas dependencias del

laboratorio donde te vas a incorporar mañana.

- ¡Uff!... está bien... ¡Esto me viene grande! – Admitió emocionada.
- Todo irá bien, no te preocupes, hija, siempre podrás llamarme para lo que necesites. –

Dijo el doctor García paternalmente.

- Gracias doctor... Por todo... A ver quien es el capullo que voy a tener de capitán.
- Lo tienes al lado, muchacha. –Dijo el doctor señalando a Estrada.
- Ya te he dicho que voy a ser tu jefe. – Le recordó.
- Es verdad, es que estoy muy nerviosa, ¿Podremos trabajar juntos? – Inquirió abriendo

mucho los ojos.

- Yo me preocuparía más por si podrás vivir con Estrada.
- ¿Por qué se lo has contado? – Le regañó.
- Yo no le he contado nada, maldita sea... – Se quejó.
- Hija, a Fermín solo lo llamamos por su nombre yo y mi esposa... Ni Susanita le llama

Fermín.

- ¿Quién es Susanita? ¿Y cómo te llama? – Dijo desconcertada.
- Susanita... – Se burló Estrada. – Como te oiga...
- Para mi siempre será “Susanita” ... me gané ese derecho al traerla al mundo.
- ¿Pero quien es Susanita? ¿Y cómo te llama? – Volvió a preguntar intrigada.
- Me llama papá. Es mi hija.
- Seréis capullos.... Me habéis tomado por tonta... – Todos rieron un buen rato.
- ¿Sabes disparar? – Preguntó Estrada.
- No, nunca he disparado.

- Deberás llevar un arma. Tendrás que ir a clases y prácticas de tiro. A partir de ahora formarás parte del servicio secreto.

- Uff... todo esto es muy grande...
- Venga, ve a recoger todo lo que te he dicho, van a venir a por ello muy pronto.

La muchacha se levantó y salió del despacho sin decir nada, sumida en sus propios pensamientos.

- La conozco bien, Fermín. Sé que te hará feliz.
- Ya lo hace, me ha devuelto la esperanza y la alegría...

Había pasado menos de un minuto cuando Alicia volvió a entrar en el despacho.

- Perdona, Fermín, con todo esto se me olvidó decirte que se ha identificado al de las imágenes de la zona del asesinato.

- Es verdad, se me había olvidado. ¿Quién es?
- Parece que un asesino a sueldo... un mercenario según la base de datos de interior.

Miroslav Semionov. Solo tenemos su nombre, el resto es información reservada.

- Mañana ya no tendrás información reservada. Todo estará a tu alcance. Llama a este número. – Le dijo tendiéndole una tarjeta que sacó de su americana. – Y pregunta por García Solana. Te dará los códigos de acceso.

- De acuerdo, ahora mismo.

- A ver si averiguamos donde vive este malnacido. – Dijo chupando uno de sus puros que acababa de sacar del bolsillo de su americana.

Alicia volvió a salir.